

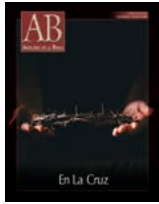
AB

ABOGADO DE LA BIBLIA

(Bible Advocate)
Septiembre - Octubre 2026



En La Cruz



Contenido

2026: La Historia de Jesús

ARTÍCULOS



- 4 Gracia y Fe: Evangelio de Verdad — Parte 1 | Loren Stacy
- 7 Un Memorial Apropiado | Bob Hostetler
- 8 Sudor Como Sangre | Kelsey Gjesdal
- 10 La Adversidad y la Gloria | Kathryn E. Darden
- 12 La Copa Amarga | Ruhama Tewodros Assefa
- 15 Él No Habría Bajado | Moises Capetillo
- 16 El Discípulo Junto a la Cruz | R. Herbert
- 18 Carne Débil, Espíritu Dispuesto | Kurt Lang
- 20 ¿Es Bíblico el Nacionalismo Cristiano? | Tez Brooks
- 30 Enfocándonos en las Personas | Emily Acker

DEPARTAMENTOS

- 3 Primera Palabra — El Amor Se Entregó
- 11 Preguntas y Respuestas
- 23 David Descubre el Sacrificio
- 24 Mi Verso Favorito
- 25 Poesía — Jewell Johnson
- 27 Noticias de los Ministerios de la CG
- 28 En Misión — La Presión de la Persecución
- 31 Última Palabra — Su Cruz

Citas Bíblicas

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de la versión *Reina-Valera* © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Reina Valera Contemporánea ® © Sociedades Bíblicas Unidas, 2009, 2011.

Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*® NVI® © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Nueva Biblia de las Américas™ Copyright © 2005 por The Lockman Foundation

Fotos

A menos que se indique lo contrario, las fotos en este artículo son de Pixabay.com
Portada © carlosphotos | istockphoto.com

Fotos de portada: tomadas por el Ministerio de Medios de Comunicación del DSO



Spanish edition of the Bible Advocate

Una publicación de la

Iglesia de Dios (Séptimo Día)

Esta revista es publicada para apoyar la Biblia, representar la Iglesia, y dar gloria al Dios de gracia y verdad.

Volume 160 • Number 5

© Copyright 2026 by the Church of God (Seventh Day)

All material in this issue is subject to U.S. and international copyright laws and may not be reproduced without prior written approval. Permission may be obtained by writing the editor.

The BIBLE ADVOCATE (ISSN 0746 — 0104) is published bimonthly by Bible Advocate Press, 330 W. 152nd Ave., Broomfield, CO 80023. Periodicals postage is paid at Broomfield, CO, and at additional offices. Subscription is free to any who ask. POSTMASTER: Send address changes to Bible Advocate Press, Box 33677, Denver, CO 80233 — 0677.

Imprenta del Abogado de la Biblia

Jason Overman: Editor, Co-Director

Sherri Langton: Editora Asociada

Keith Michalak: Co-Director de Publicaciones, gráficas

Martha Muffley: Traducción

Hope Dais-Clark y Martha Muffley: Corrección, oficinista

Subscriptions and Orders

Bible Advocate Press
P.O. Box 33677
Denver, CO 80233-0677
tel:303/452-7973
fax:303/452-0657
orders: bap.orders@cog7.org

Notice: Send all address changes and other correspondence to the address above.

Publications Agreement No. 40042428

Abogado de la Biblia en Computadora aparece en: baonline.org.

Debido a las muchas variaciones en el idioma español, la Imprenta del Abogado de la Biblia ha enfocado su traducción a nuestro mayor número de lectores: el dialecto México-Americano.

El Amor Se Entregó

Incluso antes de saber leer, ya conocía la historia de Jesús en la cruz. De niño, me sentaba junto a mamá mientras ella cantaba de su himnario rojo (*Worship In Song*), cada sábado. Los viejos himnos me contaban la historia: lo que Jesús hizo y por qué. “En el Monte Calvario”, “En el Calvario”, “En la Cruz”, “Hay Poder en la Sangre”, “Solo de Jesús la sangre” . . . Ellos me enseñaron y me formaron. Y aún lo hacen.

En este estudio bíblico volvemos a la cruz y al momento culminante de la historia de Jesús; un himno en particular viene a mi mente.

Grato es contar la historia / de celestial favor, / de Cristo y de su gloria, / de Cristo y de su amor. Escrito por Katherine Hankey en 1866, el himno “Grato Es Contar la Historia” explica el porqué de la cruz. ¿Por qué la sufrió el Hijo? ¿Por qué el Padre? En una palabra — ¡amor!

Cuando tuve la edad suficiente para leerla, la Biblia confirmó lo que todos los viejos himnos celebraban: la historia de Jesús y Su amor. Un amor que se origina en el propio amor del Padre: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito . . . Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Juan 3:16; Romanos 5:8).

Cuéntame la historia despacio / para que pueda asimilarla: / esa maravillosa redención, / el remedio de Dios para el pecado. No hay palabra que se utilice de forma más indebida hoy en día que amor, pero si la cruz es el amor demostrado, entonces el amor verdadero es sacrificial. Se entrega por completo. El amor y la entrega son inseparables: Jesús “me amó y se entregó a sí mismo por mí . . . Cristo amó a la iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella” (Gálatas 2:20; Efesios 5:25). Dios dio a Su Hijo; Jesús se entregó a Sí mismo. ¿Por qué? Por amor. Por nosotros. El regalo más costoso del amor fue la propia vida de Dios para remediar nuestra situación y redimirnos del pecado y de la muerte.

Cuéntame la historia con ternura, / con tono sincero y solemne; / recuerda que soy el pecador / a quien Jesús vino a salvar. ¡Para salvar, el amor se entregó! Esa es la vieja, viejísima historia, y es tan nueva como siempre. Y nos corresponde a nosotros contarla.

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10).

— Jason Overman



Gracia y Fe: El Evangelio de Verdad

Parte 1

© RomoloTavani | istockphoto.com

Examinando el único
plan de salvación.

por **Loren Stacy**

Llegará un momento en que nos encontraremos cara a cara con Dios. ¿Qué responderemos si Dios nos pregunta: “¿Por qué debería dejarte entrar en Mi reino?”

La mayoría de la gente responde: “Soy una buena persona; ciertamente mejor que muchas personas que conozco”. Las personas religiosas suelen añadir: “Oro a Dios y voy a la iglesia [o a la sinagoga, mezquita o templo]”. Los cristianos podrían agregar: “¡Yo invité a Jesús a mi corazón y fui bautizado!”

La lista de razones continúa. Lamentablemente, todas estas respuestas son erróneas y nos excluirán del reino de Dios. ¿Por qué? Porque indican que confiamos en nuestros propios esfuerzos, en lugar de confiar únicamente en la obra plenamente suficiente de

Jesucristo. Consideremos lo que dice Jesús en Mateo 7:22-23:

“Muchos me dirán en aquel día: ‘Señor, Señor, ¿no profetizamos en Tu nombre, y en Tu nombre echamos fuera demonios, y en Tu nombre hicimos muchos milagros?’ Entonces les declararé: ‘Jamás los conocí; apártense de Mí, los que practican la iniquidad’.

Gracias a Dios, existe una respuesta que abrirá de par en par las puertas del reino de Dios a toda persona que pueda afirmarla con sinceridad. Se expresa en Efesios 2:8, 9: “Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe, y esto no procede de ustedes, *sino que es don de Dios*; no por obras, para que nadie se gloríe”.

Salvos por gracia

Comencemos examinando detenidamente la primera parte de Efesios 2:8: “Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe”.

En esta importante frase, el sujeto es *ustedes* y la locución verbal es *han sido salvados*. Esta es la esencia de la oración: “Han sido salvados”. Nótese que la locución verbal está en voz pasiva. Si estuviera escrita en voz activa, indicaría que el sujeto ha actuado: “Ustedes se salvaron a ustedes mismos”. Pero la voz pasiva indica que algo o alguien ha actuado sobre el sujeto. En otras palabras, algo o alguien distinto a ustedes los ha salvado.

Esto plantea interrogantes: ¿Cómo he sido salvado? Si no soy salvo por algo que hice o estoy haciendo, ¿qué o quién me salvó?

Dos frases preposicionales responden a estas preguntas. *Por gracia y por medio de la fe* nos indican que la gracia es la causa de nuestra salvación y que la fe es el medio por el cual recibimos dicha salvación. La frase completa nos dice claramente que no nos hemos salvado a nosotros mismos.

Profundicemos un poco más. *Gracia* significa algo bueno que hemos recibido de Dios y que no merecemos. Un favor inmerecido. El apóstol Pablo enfatiza que cualquier cosa que realmente merezcamos, no puede ser gracia: “Pero si es por gracia, ya no es a base de obras, de otra manera la gracia ya no es gracia” (Romanos 11:6).

Por lo tanto, nuestra frase debe entenderse así: “Por el inmerecido, no ganado y no merecido favor de Dios han sido salvados”.

Creyentes, nosotros no somos la causa de nuestra salvación. ¡Dios es!

Por medio de la fe

El medio por el cual un verdadero creyente recibe la gracia de Dios es la fe. En el Nuevo Testamento, la fe suele traducirse de la palabra griega *pistis*, que significa una firme persuasión o una convicción inquebrantable respecto a Dios o a asuntos espirituales relacionados. Los sinónimos en el Nuevo Testamento son *creer* y *confiar*. La fe mediante la cual los verdaderos creyentes han sido salvos es una confianza absoluta — confianza en la Palabra y las promesas de Dios, y confianza en Jesucristo y en lo que Él ha hecho.

Así, la Palabra de Dios nos dice: “Porque por gracia ustedes han sido salvados por medio de la fe”. ¡El resto de Efesios 2:8-9 nos dice aún más! “y esto no procede de ustedes, *sino que* es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”.

La primera frase nos indica que los verdaderos creyentes no somos salvos porque nos lo hayamos ganado o porque lo merezcamos. Nuestra salvación es el resultado de la buena obra de Dios, no de nuestras buenas obras. Pero ahora, en esta segunda frase, Pablo recalca ese punto con tres golpes contundentes: 1) “Y esto no procede de ustedes”. 2) “*Sino que* es don de Dios”. 3) “No por obras”. ¿Por qué? “Para que nadie se gloríe”.

Dios desea y merece todo el mérito de nuestra salvación. ¿Por qué? Porque si hemos sido salvos, Dios —y solo Dios— nos ha salvado. No es de extrañar que Cristo rechace a los muchos que le llamarán “Señor, Señor” y luego enumerarán sus propios logros como si merecieran el reino de Dios. Cuando estemos ante el tribunal de Cristo, ¿no debemos hacer eso!

“Bueno”, preguntan muchos, “¿acaso no recibo mérito por mi fe, por creer en Cristo? Yo elegí a Jesús y le invité a entrar en mi corazón. Mucha gente nunca hace eso, ¡pero yo sí! ¿No recibo mérito al menos por eso?”

En realidad, no. Observe los dos pronombres, *esto* y *es* cerca del final del verso 8: “Y esto no procede de ustedes, *sino que* es don de Dios”. ¿A qué se refieren *esto* y *es*? Gramaticalmente,

“ Si no soy salvo por algo que hice o estoy haciendo, ¿qué o quién me salvó? ”

no se refieren solo a la gracia ni solo a la fe, sino a todo el proceso de ser salvo por la gracia de Dios mediante la fe. Nuestra salvación no es algo que hayamos logrado nosotros, sino un regalo de Dios.

Antes de porque

Hay una última palabra en Efesios 2:8, 9 que debemos discutir — la primera palabra en el verso 8: *porque*. El verso comienza: “Porque por gracia ustedes han

sido salvados . . . ". Gramaticalmente, *porque* sirve como una conjunción que conecta los versos 8-10 con los versos 1-7. Así que veamos Efesios 2:1-7 comenzando con los versos 1-3:

Y Él les dio vida a ustedes, que estaban muertos en sus delitos y pecados, en los cuales anduvieron en otro tiempo según la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. Entre ellos también todos nosotros en otro tiempo vivíamos en las pasiones de nuestra carne, satisfaciendo los deseos de la carne y de la mente, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.

con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia ustedes han sido salvados), y con Él nos resucitó y con Él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús, a fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de Su gracia por Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús (vv. 4-7).

Esto es lo que Dios hizo para salvarnos. Nos levantó de la muerte espiritual a la vida espiritual en Cristo. Efesios 2:8, 9 de nuevo:

Porque por gracia [gracia de Dios] ustedes han sido salvados por medio de la fe [una confianza plena en Cristo que Dios creó en ti], y esto [tu salvación por la gracia de Dios, mediante una fe dada por Dios] no procede de ustedes, sino que es don de Dios; no

Jesús le pregunta a Marta: "¿Crees esto?" (v. 26).

Esa es una pregunta que todos debemos responder a la luz de Efesios 2:8-9. ¿Creemos que nuestra salvación es un regalo de Dios y no el resultado de nuestras propias buenas obras? ¿O confiamos en las buenas obras además de en Cristo —en lo que hacemos o dejamos de hacer, en lo que creemos o dejamos de creer?

Si creemos que somos salvos por la fe en Cristo y por nuestras buenas obras, entonces no creemos en Efesios 2:8-9. Si eso es así, es posible que temamos en secreto no ser salvos, no haber hecho lo suficiente o no haber sido lo bastante obedientes; que temamos estar siendo pesados en la balanza de la justicia de Dios y hallados faltos.

Pero si confiamos únicamente en Cristo y creemos verdaderamente en Efesios 2:8, 9, nuestras dudas y temores respecto a la salvación eterna serán reemplazados por confianza y gozo en Cristo.

Si Dios nos preguntara por qué debería dejarnos entrar en Su reino eterno, la respuesta correcta sería esta: "Solo porque Jesús ha pagado la pena por mis pecados. He sido salvo por Tu gracia, mediante la confianza plena que me has dado en Jesucristo, mi Señor".

AB

“¿Creemos que nuestra salvación es un regalo de Dios y no el resultado de nuestras propias buenas obras?”

Esta era nuestra condición antes de que Dios nos salvara. No estábamos espiritualmente enfermos; ¡estábamos espiritualmente muertos! Éramos incapaces de cambiarnos, incapaces y desinteresados en elegir a Dios, siguiendo al Maligno y nuestras naturalezas caídas. Éramos "por naturaleza" hijos de la ira como el resto de la humanidad caída.

Pero Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor

por obras, para que nadie se gloríe

En estos versos encontramos todo el mensaje del evangelio. ¡Dios nos ha salvado! Dios nos ha salvado de Sí mismo, por Sí mismo y para Sí mismo. Toda la gloria es para Dios.

Respuesta correcta

En Juan 11, encontramos una conversación entre Jesús y Marta. Después de exponer el evangelio,

Loren Stacy es el ex-presidente de la Conferencia General. Escribe desde Lodi CA, donde vive con su esposa, Karen. Las citas bíblicas

son de la *Nueva Biblia de las Américas (NBLA)*. La segunda parte de este artículo se publicará en el número de noviembre-diciembre.





© RomoloTavani | istockphoto.com

por Bob Hostetler

A las 6:55 de una fría tarde de marzo, Valerie Webb, de doce años, quien perdió a su padre en los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 contra las torres del World Trade Center de Nueva York, accionó un interruptor que proyectó dos torres de luz hacia el cielo. Las brillantes luces, un homenaje a las casi 3,000 vidas perdidas en aquel lugar, parecían un monumento conmemorativo adecuado para los horribles actos que dejaron un enorme vacío en el horizonte de Nueva York . . . y en el corazón de Estados Unidos.

Cuando sucede algo de esa magnitud, es natural — y correcto — querer marcarlo, para recordarlo. En el lugar del atentado de Oklahoma City en 1995, se erigió un monumento conmovedor, con un espectacular arco que indica la hora exacta (9:01) en que estalló la bomba y la vida — para muchos, jóvenes y mayores — se detuvo. El monumento también incluye nueve filas de sillas de bronce y piedra que representan a las 168 personas asesinadas ese día.

Un tipo de memorial diferente ha sido un lugar sagrado para los judíos durante más de 2.000 años, desde que los romanos invadieron Jerusalén en el año 70 d. C. y destruyeron el templo que había sido el centro de la vida judía durante generaciones. Se llama el Muro de los Lamentos y es una sección de los cimientos que sostenían el templo. Y ahora, desde que Jerusalén quedó bajo control de Israel en 1967, los judíos se reúnen todos los días para orar en ese lugar único — una especie de memorial, un lugar para recordar.

Esos monumentos conmemorativos son apropiados. Pero los cristianos de todo el mundo — bajo los

techos de paja en las islas Filipinas, a la sombra de los antiguos ídolos de la India, en las ciudades y pueblos de África y en las grandes catedrales de Europa— observan otro memorial bastante diferente.

¿Alguna vez se ha detenido a considerar que cuando Jesús estaba en la tierra en un cuerpo físico, caminando por las calles de Galilea y Judea —sanando, enseñando, riendo, llorando— podría haber llevado a Sus seguidores más cercanos a Belén y decirles: “Hagan de este establo donde nací un memorial para mí”? Él podría haber dicho: “Constrúyanme un santuario aquí, a orillas del Jordán, donde fui bautizado”. Podría haberles dicho que hicieran del Calvario o de la tumba vacía un monumento memorial.

Pero Él no eligió ninguna de esas cosas. En cambio, la noche de Su traición y arresto, Jesús celebró la Pascua con Sus amigos más cercanos.

Entonces les dijo: —He tenido muchísimos deseos de comer esta Pascua con ustedes antes de padecer, pues les digo que no volveré a comerla hasta que tenga su pleno cumplimiento en el reino de Dios. Luego tomó la copa, dio gracias y dijo: —Tomen esto y repártanlo entre ustedes. Les digo que no volveré a beber del fruto de la vida hasta que venga el reino de Dios. También tomó pan y, después de dar gracias, lo partió, se lo dio a ellos y dijo: —Esto es mi cuerpo, entregado por ustedes; hagan esto en memoria de mí. De la misma manera, tomó la copa después de cenar y dijo: —Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por ustedes” (Lucas 22:15-20).

La muerte sacrificial de Jesucristo, la cual soportó para satisfacer la santidad y la justicia de Dios y pagar el precio que merecían nuestros pecados, y así

continúa en la página 9



Sudor Como Sangre

© DariaZu | istockphoto.com

por Kelsey Gjesdal

Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra, y poniéndose de rodillas, oraba, diciendo: “Padre, si es Tu voluntad, aparta de Mí esta copa; pero no se haga Mi voluntad, sino la Tuya”. Entonces se apareció un ángel del cielo, que lo fortalecía. Y estando en agonía, oraba con mucho fervor; y Su sudor se volvió como gruesas gotas de sangre, que caían sobre la tierra (Lucas 22:41-44).

Estaba sentada en la sala de estudio de la universidad, intentando desesperadamente concentrarme en la tarea que

debía terminar esa misma noche, mientras trataba de ignorar el latido acelerado de mi corazón. La espiral de “y si . . .” y de sentir que nada era suficiente alejaba mi mente de las tareas que tenía delante.

Me encontraba a mitad de mi carrera universitaria, en plena pandemia, y el estrés que esto generaba, sumado a mis propias luchas personales, había llegado a un punto crítico. La ansiedad me paralizaba; acababa de empezar a acudir a un consejero para que me ayudara a afrontar mi situación. Pero, aunque racionalmente sabía que podía liberarme de la ansiedad, en aquel momento sentía que me ahogaba.

No recuerdo bien cómo di con aquel video, pero me tomé un descanso para verlo; trataba sobre la agonía de Cristo en el huerto

de Getsemaní. Lo que aprendí al respecto cambió para siempre mi forma de entender la ansiedad.

Lucas describe el sufrimiento de Jesús en Getsemaní utilizando una expresión única en su Evangelio. Dice que, mientras Cristo oraba, “Su sudor era como gotas de sangre”. Esto se conoce como hematomatosis, una afección médica poco común en la que una persona suda sangre a través de la piel sin tener ninguna cortada o herida. Según WebMD, aunque esta afección puede ser síntoma de trastornos hemorrágicos, también puede deberse a un miedo o ansiedad extremos.

Descubrir esto me dejó impactada. ¡Jesús, el santo Hijo de Dios, sabía lo que se sentía al padecer ansiedad? Entonces leí en Hebreos:

Porque no tenemos un

Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino Uno que ha sido tentado en todo como nosotros, pero sin pecado (4:15).

Me quedé muy sorprendida al darme cuenta de que mi Sumo Sacerdote podía comprender mi debilidad, mi ansiedad. Sí, Jesús era plenamente Dios, pero también era plenamente hombre. Jesús experimentó dolor físico, cansancio, hambre y sed. Sufrió a manos de otras personas, sintió dolor emocional y angustia mental. Jesús se humilló a Sí mismo para abrazar plenamente nuestra humanidad y ponerse en nuestro lugar porque nos ama.

Jesús no solo podía identificarse con mi ansiedad, sino que además era perfecto. Él no respondió a Su ansiedad de forma pecaminosa, como yo tiendo a hacer. No respondió preocupándose, quejándose o dudando de la bondad del Padre. En lugar de eso, Él oró. Jesús llevó Sus preocupaciones al Padre, donde encontró fuerzas para afrontar las pruebas que tenía por delante.

Mis ansiedades son pequeñas en comparación con las que experimentó Cristo al anticipar las agnías de la cruz que le esperaban. Sin embargo, el Señor se preocupa por las cargas que pesan sobre nuestros corazones y nuestras mentes. Él comprende nuestra debilidad: "Porque Él sabe de qué estamos hechos, se acuerda de que *solo* somos polvo" (Salmo 103:14). Jesús tiene misericordia de nuestras debilidades debido a Su gran amor por nosotros.

El amor de Cristo por el Padre y por nosotros lo llevó a la cruz. Y en la cruz, la gracia se derramó para satisfacer todas nuestras necesidades. La gracia de Cristo nos salva de nuestros pecados; Su

gracia contempla nuestras lágrimas y sana nuestros corazones y mentes quebrantados. Su gracia nos enseña a responder adecuadamente a la ansiedad.

Mi camino hacia la sanidad ha sido un proceso largo, y sigo siendo santificada mientras aprendo a llevar mis ansiedades al trono de la gracia en lugar de permitir que den vueltas en mi mente. Pero cuando la ansiedad llama a la puerta, sé que puedo clamar a mi Señor en busca de ayuda sin sentir

vergüenza, porque Él ha pasado por eso. Él lo sabe. Y Él cuida de mí. **AB**

Kelsey Gjesdal vive en Albany, Oregón, con sus padres y sus tres hermanos, y asiste a la ID7 de Marion CoG7. Las citas bíblicas pson de la *Nueva Biblia de las Américas* (NBLA).



Un Memorial Apropriado

continúa en la página 7

hacer posible que obtengamos el perdón, la limpieza, la paz con Dios y la vida eterna, ese acto heroico, desinteresado y amoroso no está inmortalizado en bronce o en piedra, ni en una pintura, ni en una estatua, sino en un acto. Es un acto al que Jesús invita a participar a cada uno de Sus seguidores. Es un acto que simboliza Su cuerpo quebrantado y Su sangre derramada por ti.

Es un memorial apropiado. Jesús, quien vino a morir para

que nosotros pudiéramos vivir, nos pidió que lo recordáramos de manera viva y activa, no erigiendo un monumento de piedra o un santuario . . . sino por lo que hacemos cuando nos reunimos para adorar. "Porque cada vez que comen este pan y beben de esta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que él venga" (1 Corintios 11:26). **AB**

Bob Hostetler

escribe desde Las Vegas, Nevada. Las citas bíblicas son de la *Nueva Versión Internacional*.



Extras En Línea

Si está disfrutando del contenido de la edición de septiembre-octubre, no deje de leer nuestros contenidos adicionales

en línea. Los relatos hablan de la fidelidad de Dios en medio de la tragedia y de la fidelidad de una mujer hacia Dios, la cual sirvió de ejemplo para su joven nieta.

Visite baonline.org.





La Adversidad y la Gloria

por Kathryn E. Darden

Últimamente me he sentido cautivada por la historia de Jesús en Getsemaní: el arresto de nuestro Salvador y la extraña y desesperada situación de Sus seguidores. Cuando pienso en el huerto y en el sepulcro, no veo una fábula ni imagino imágenes de vitrales. Veo la aspereza de la piedra, así como el cansancio y el miedo en los ojos de los discípulos y de las mujeres que seguían a Jesús. No me resulta difícil ponerme en su lugar — sentir la confusión, el desconcierto y el miedo punzante que marcaron las horas transcurridas entre Su arresto y Su resurrección.

Puedo visualizar fácilmente la transición del triunfo al terror. Los discípulos y las mujeres habían seguido a un hombre que creían que rompería las cadenas de Roma. Ellos habían comido el pan y los peces que Él repartió a una gran multitud tomados de la cesta de un niño pequeño. Habían presenciado Sus milagros y escuchado Sus enseñanzas, pero, de repente, el ímpetu se detiene en seco. Ocurre lo imposible: Jesús es arrestado y llevado a un juicio engañoso en plena noche, violando abiertamente la ley judía.

De pronto, el mundo cambia. La gente señala con el dedo: “¿No eres tú uno de ellos?”

Puedo imaginar fácilmente esa sensación frenética de querer poner distancia entre uno mismo y el peligro creciente — el deseo de salir de Jerusalén y regresar a casa. Las Escrituras nos dicen que, en ese momento de crisis, se impone el instinto humano de supervivencia: “Entonces todos los discípulos, dejándolo, huyeron” (Mateo 26:56).

Comprendo ese deseo de huir, aun reconociendo que la huida podría hacerme parecer más culpable. Puedo sentir la lucha por pasar desapercibido en el entorno, queriendo volverme invisible mientras la situación se pone muy peligrosa. Pienso concretamente en Pedro, quien había afirmado con tanta valentía

que jamás negaría al Señor, para luego verse atrapado por ese mismo miedo paralizante.

Pedro sigue a Jesús “de lejos” (v. 58) y luego se sienta en el patio del sumo sacerdote, tratando de mantenerse lo bastante cerca para ver el desenlace, pero lo suficientemente lejos para estar a salvo. Conozco bien eso de “estar de lejos”. Es la zona gris donde mi amor por el Señor choca con mi genuino temor humano ante el odio del mundo. Cuando la criada señala y pregunta: “¿No estabas tú con Él?”, ¿acaso no diría yo, en ese momento de pánico absoluto, “No lo conozco”?

Para mí, el momento crucial no es la negación en sí misma, sino el momento que le sigue: “Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro” (Lucas 22:61). En mi mente, veo esa mirada — no una mirada de condenación sino de un amor desgarrador y comprensivo. Creo que, en ese momento, si yo hubiera estado allí, mi propio corazón se habría partido igual que el de Pedro. Al igual que él, me habría visto obligada a salir en la noche para llorar amargamente.

¿Y no hay momentos en los que se me parte el corazón al recordar, a través de la mirada de mi Salvador, algún daño que he causado o algún gesto de bondad que he descuidado?

Es fácil saltarse directamente al gozo de la Resurrección, pero primero tenemos que aguantar la adversidad, la humillación y el miedo de esos tres días y tres noches. Tengo que reconocer que mi fe se encuentra en “vasijas de barro” — frágiles, propensas al miedo y que necesitan desesperadamente al Hombre que no huyó cuando nosotros lo hicimos. **AB**

Kathryn E. Darden escribe desde Nashville, TN. Las citas bíblicas son de la *Versión Reina Valera- 1960*.



Preguntas y Respuestas



Sé que Jesús murió por mis pecados, pero ¿por qué tuvo que morir? ¿No podría Dios simplemente haber perdonado a la humanidad pecadora?

El canto “In Christ Alone” (Solo en Cristo), de Keith y Kristyn Getty, contiene una estrofa que aborda su pregunta. Dice que la muerte de Jesús en la cruz por nuestros pecados satisfizo la ira de Dios.

A veces olvidamos esa ira.

La respuesta más sencilla a por qué Jesús tuvo que morir por nuestros pecados es que el único Dios soberano (Salmo 115:3; Isaías 46:9, 10; Efesios 1:11) lo decretó en Su Palabra. Los primeros creyentes comprendían este plan divino. En Hechos 4, Pedro y Juan citan el Salmo 2 y lo interpretan como una referencia a Jesús (vv. 25-28). Ellos ven que Dios utiliza incluso a los impíos que se oponen a Él para cumplir Su voluntad. No podemos impedir que Dios lleve a cabo Su plan.

Si bien los caminos de Dios no son nuestros caminos y a menudo resultan misteriosos (Isaías 55:8-9), Dios ha revelado claramente en las Escrituras por qué la muerte de Jesús era necesaria para el perdón y la salvación. El Nuevo Testamento enfatiza dos conceptos principales al abordar el significado de la cruz de Cristo: satisfacer una pena legal por el pecado y lograr una victoria cósmica sobre el mal (1 Corintios 15:54-57; Colosenses 2:15; Hebreos 2:14, 15; 1 Juan 3:8). Aunque ambas verdades requieren la obra sustitutiva de Jesucristo haciendo por nosotros lo que no podíamos hacer por nosotros mismos (vencer el pecado y la muerte), aquí nos centramos en la primera, llamada expiación penal sustitutiva.

A menudo, la humanidad no comprende el impacto negativo que incluso un solo pecado tiene

sobre la creación de Dios. Dios, Su creación y Su ley que la rige, aparte del pecado, son perfectas (Romanos 8:20-23). Restaurar la creación de Dios requiere el pago de una pena y una nueva creación. La pena es la muerte (Romanos 6:23; Santiago 1:14-15; Ezequiel 18:20; Romanos 5:12-21). Toda la creación debe morir y ser recreada para entrar en la eternidad (Mateo 24:35; Isaías 65:17; 2 Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1). Jesús, como Hijo divino y representante de la humanidad, llevó a cabo ambas cosas en Su muerte y resurrección: “Jesús, nuestro Señor, . . . fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:24, 25).

Jesucristo pagó la pena como sacrificio sustitutivo por la humanidad para satisfacer la justa ira de Dios contra el pecado (Romanos 3:25; cf. 1 Juan 2:2; 4:10). En Su cuerpo el pecado recibió el castigo (Romanos 8:3; cf. 2 Corintios 5:17). Isaías 53 ya había profetizado detalladamente el plan de expiación de Dios.

Una vez, mi nieta de nueve años preguntó: “¿Por qué hay tanto derramamiento de sangre en la Biblia?” Su mamá le leyó Hebreos 9:22: “Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión”. Más tarde, mi hija y yo hablamos sobre el misterio de la salvación mediante la expiación de Cristo. El problema de la humanidad es que el pecado no puede subsistir ante un Dios santo. La cruz fue el plan amoroso de Dios para satisfacer Su propia misericordia y santidad, y para resolver el problema del pecado de una vez por todas. “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Corintios 15:22).

La cruz revela la profundidad del amor de Dios y el enorme costo del perdón — el único remedio para una humanidad pecadora.

— *Anciano Chip Hinds*



© Thai Noipho | istockphoto.com

La bebida y el sabor que perdura.

por **Ruhama Tewodros Assefa**

Algunos sabores permanecen con la persona mucho después de haberlos degustado.

Yo era de esas hijas que siempre se negaban a tomar los remedios caseros. En nuestro país, antes de acudir a la farmacia, los padres y sobre todo las abuelas suelen preparar remedios para los dolores de estómago, los resfriados comunes, los dolores de cabeza y muchas otras dolencias. Pero a mí, incluso el olor de los remedios caseros me bastaba para ponerme de mal humor. Me negaba a tomarlos siempre que podía.

Los remedios amargos forman

parte desde hace mucho tiempo de la medicina tradicional en muchos hogares de Etiopía y otras partes de África. La mayoría de los niños se resisten a tomarlos, como lo hacía yo. Las caras se tensan tras el primer trago; el cuerpo rechaza de forma natural el sabor amargo. Sin embargo, a medida que crecemos, muchos de nosotros aprendemos a tomarlos con la esperanza de curarnos.

A veces, mi abuela se quedaba pacientemente a mi lado hasta que finalmente cedía. Ella sabía que el sabor amargo solo duraría un instante, pero la curación perduraría mucho más tiempo. Si alguien le hubiera preguntado a la pequeña Ruhama si quería que su abuela tomara la medicina amarga en su lugar para así poder curarse, no habría habido niña más feliz que yo. No sabor amargo. No sufrimiento. Solo curación.

Esos momentos con mi abuela siempre me hacen pensar en lo amarga que debió de ser la copa que Jesús tuvo que beber para mi curación. Él soportó una amargura inimaginable, mientras que a mí se me concedió la curación de forma gratuita.

Y tal vez eso sea lo que tanto me conmueve de la cruz. Antes de que la cruz se alzara en el Gólgota, antes de que los clavos atravesaran la carne y la multitud gritara con burla, hubo un huerto y hubo una copa. Jesús la llamó “esta copa”.

“... Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39).

Él no caminó hacia el sufrimiento a la ligera; Él sentía el peso de lo que estaba por venir. Sin embargo, eligió la obediencia por amor.

La copa pasó

La noche comenzó tranquilamente alrededor de una mesa. Se partió el pan. Se compartió el vino. Jesús alzó la copa y habló de un pacto en Su sangre, aunque Su sangre aún no había sido derramada sobre la tierra.

“Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (vv. 27, 28).

Los discípulos bebieron el símbolo. Cristo bebería pronto la realidad.

Incluso en aquella mesa sagrada, la traición se sentó lo suficientemente cerca como para comer a Su lado. “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar” (Salmo 41:9).

Judas recibió el pan de manos de Cristo mientras ya se dirigía hacia las monedas de plata y la oscuridad. Algunas traiciones comienzan mucho antes del beso.

Lo que más me sorprende es que Jesús ya sabía todo lo que iba a suceder. Sabía que Judas lo traicionaría. Sabía que Pedro lo negaría. Y, sin embargo, les lavó los pies y los amó hasta el final.

Ese tipo de amor es difícil de comprender para el corazón humano.

El “sí” del amor

Getsemaní es quizá uno de los lugares más dolorosos de las Escrituras porque revela la plena humanidad de Cristo. A menudo nos lo imaginamos dirigiéndose hacia la cruz sin que el miedo le afectara, pero el huerto nos cuenta otra historia. Estaba afligido.

Angustiado. Sudando bajo el peso aplastante que se acercaba a Él.

“... Mi alma está muy triste, hasta la muerte...”
(Mateo 26:38).

Esto no era debilidad; era el amor calculando el costo: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa” (Lucas 22:42). Las palabras son dolorosamente humanas. Cada instinto del cuerpo se aleja del sufrimiento. Nos resistimos a la amargura de forma natural. El alma tiembla ante el dolor.

Sin embargo, en el silencio de aquel jardín, Jesús tomó la copa voluntariamente. “... pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (v. 42).

Antes de que los clavos le atravesaran Sus manos, la entrega atravesó Su corazón.

las que Él mismo había creado del polvo. Lo que más me duele es saber que sufrió precisamente por aquellos que lo rechazaron y le impusieron la cruz.

Le colocaron una corona de espinas en Su cabeza mientras los soldados se reían ante la idea de un rey que sufría.

Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados (Isaías 53:5).

La humanidad vio cómo la salvación se desangraba, pero no lo reconoció. Las multitudes vieron a un criminal colgado entre otros criminales. El cielo vio al Cordero de Dios cargando con el pecado del mundo (Juan 1:29).

“La cruz no comenzó en el Gólgota. Comenzó en Getsemaní”.

La cruz no comenzó en el Gólgota. Comenzó en Getsemaní, donde el amor dijo “sí” incluso antes de que llegaran los soldados. Jesús no solo soportaría el sufrimiento físico, también llevaría la carga del pecado, el juicio y la separación.

Y aun así, se quedó; Él no huyó de nosotros.

Tomando toda la copa

Luego llegó el sufrimiento público. El Hijo de Dios fue objeto de burlas por parte de las personas a

El sufrimiento fue físico, sí, pero también fue más profundo de lo que el lenguaje humano puede expresar: el rechazo, el abandono, el peso del pecado y el silencio del cielo.

La copa amarga no se bebió a sorbos; Cristo la vació por completo.

Mientras leía sobre las tradiciones judías, me topé con la canción “Dayenu”, que significa “Habría sido suficiente”. Esa frase se me quedó grabada porque hacía eco de la profundidad del sufrimiento de Cristo. Al pensar en la copa

amarga que Él llevó, me encontré reflexionando:

Si la traición hubiera sido la única herida, habría bastado.

Si la flagelación hubiera sido el dolor final, habría bastado.

Si los clavos hubieran sido el último sufrimiento, habría bastado.

Sin embargo, llegó a sufrir aún más, hasta el punto de sentirse abandonado por Su propio Padre (Mateo 27:46). Aquel que siempre había disfrutado de una comunión perfecta con el Padre se sumió en la oscuridad por nosotros.

La redención hecha realidad

A medida que pasaban las horas, los soldados romanos se preparaban para acelerar la muerte rompiendo las piernas de los que estaban colgados en las cruces.

el costado, y otra profecía cobró vida ante los ojos de los hombres: "... Y mirarán a mí, a quien traspasaron" (Zacarías 12:10).

Lo que parecía una derrota era en realidad la redención cumpliéndose exactamente como Dios había prometido.

Silencio

Luego llegó el silencio.

El cuerpo de Jesús fue envuelto con cuidado y llevado al sepulcro. Una piedra selló la entrada. Los discípulos se sentaron, abrumados por el dolor y la confusión.

La copa amarga se había vaciado. O al menos eso parecía.

Hay algo de pesadumbre en el relato del sepelio, pues resulta familiar al dolor humano. Sabemos lo que significa sentarse junto

veces, la sanación comienza en lugares que parecen finales.

De la copa a la corona

La amargura de la Pasión no fue un dolor sin sentido. Se convirtió en sanación para el mundo.

La humanidad no podía beber la copa del juicio y sobrevivir.

Por eso, Cristo mismo la tomó. Y de esa copa amarga surgieron el perdón, la reconciliación y la vida.

"Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Corintios 5:21).

Por Sus heridas fuimos sanados.

Años más tarde, el Cristo resucitado se dirigió a la iglesia de Esmirna, que estaba pasando por momentos de sufrimiento, una ciudad cuyo nombre evocaba la mirra, una fragancia que se desprende al ser triturada: "... Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida" (Apocalipsis 2:10).

Aquel que una vez aceptó la copa amarga ahora ofrece una corona a cambio. La amargura nunca fue el final de la historia. Tampoco lo fue la tumba: "No está aquí, pues ha resucitado, como dijo..." (Mateo 28:6).

En la cruz, el sufrimiento y el amor se unieron. La justicia y la misericordia se tocaron. La hora más oscura de la historia humana se convirtió en la puerta de la redención.

Y cada vez que recordamos la cruz, recordamos esta verdad: La copa amarga que Él bebió se convirtió en la vida que ahora recibimos. **AB**

“El sufrimiento de la Pasión no fue un dolor sin sentido. Se convirtió en sanación para el mundo”.

Pero cuando llegaron a Jesús, descubrieron que ya había muerto. Ni uno solo de Sus huesos fue quebrado (Juan 19:36).

Esto no fue casual. Mucho antes del Gólgota, se había ordenado que el cordero Pascual permaneciera intacto (Éxodo 12:46). Cristo, nuestro Cordero Pascual, había sido sacrificado (1 Corintios 5:7).

Luego una lanza le traspasó

a aquello que parece perdido. Conocemos el silencio que sigue al desconsuelo.

"Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo..." (Juan 19:41).

Los discípulos aún no sabían que la resurrección ya se estaba gestando silenciosamente bajo la superficie de la desesperación. A

Ruhama Tewodros Assefa escribe desde Addis Abeba, Etiopía.





Él No Hubiera Bajado

© artplus | istockphoto.com

por Moises Capetillo

“Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz” (Mateo 27:40).

La gente gritaba y se burlaba de nuestro Salvador. Sus palabras tenían por objeto herir. Provenían de personas que pasaban por el Calvario, sacudiendo la cabeza y escarneciendo al Salvador que sufría. Los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos se unieron a ellos: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” (v. 42).

Para ellos, la prueba de la identidad de Jesús habría sido que se escapara. Si realmente Él era el Hijo de Dios, podría bajarse. Podría silenciar a Sus enemigos. Podría convertir la vergüenza en gloria en un instante. Podría salvarse a Sí mismo.

Pero ellos no entendían la cruz.

Jesús no permaneció en la cruz porque no tuviera poder. Permaneció porque era obediente. Permaneció porque nos amaba. Permaneció porque la salvación del mundo no requería un Salvador que bajara sino un Salvador que perseverara hasta que la obra estuviera consumada. Además, permaneció en la cruz porque el amor es la demostración más poderosa de poder.

La gran maravilla del Calvario no es que Jesús pudiera haber bajado de la cruz. La maravilla es que no lo hizo.

A lo largo de Su ministerio, Jesús dejó claro que Su muerte no sería un accidente ni una derrota. No sería el trágico final de la vida de un buen maestro. Él dijo: “Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo” (Juan 10:17, 18).

Esto significa que la cruz no fue el lugar donde

Jesús perdió el control. Ese fue el lugar donde Su obediencia se reveló plenamente. La cruz fue donde Jesús se convirtió en el Hijo obediente, obedeciendo al Padre por encima de todo lo demás.

Antes de que los clavos le atravesaran Sus manos, Jesús ya había entregado Su voluntad. En Getsemaní oró: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39). La agonía era real. El dolor era profundo. La copa era amarga. Aun así, el Hijo se entregó por completo a la voluntad del Padre.

Cuando Jesús se presentó ante Sus acusadores, la decisión ya estaba tomada. No se defendería para evitar la cruz. No invocaría legiones de ángeles para que lo rescataran. No respondería al odio con odio. Él obedecería.

Por eso las burlas en la cruz son tan dolorosas y tan reveladoras: “A otros salvó; a sí mismo no se puede salvar”. La gente lo decía como un insulto. Pero, sin saberlo, estaban expresando una profunda verdad. Si Jesús se hubiera salvado a Sí mismo, no habría podido salvarnos a nosotros.

Él podría haber bajado. Pero el amor lo mantuvo allí.

Los clavos eran reales. El dolor era real. La crueldad era real. Pero no fueron solo los clavos los que mantuvieron al Hijo de Dios en la cruz. Fue el amor. Fue la obediencia. Fue la misericordia. Fue el gozo que tenía ante Sí. Hebreos 12:2 dice que Jesús, “el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio”.

¿Qué gozo podía haber en tal sufrimiento? El gozo que Jesús vio más allá de la cruz. Vio a los pecadores reconciliados con Dios. Vio a los enemigos convertidos en amigos. Vio la muerte vencida. Vio la resurrección venidera. Vio a los redimidos reunidos en el

continúa en la página 26

Explorando el testimonio
único de Juan.
por R. Herbert

Los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas relatan el arresto, el juicio y la crucifixión de Jesús, y cada uno ofrece sus propios detalles sobre estos acontecimientos. Pero el Evangelio de Juan ofrece muchas perspectivas únicas sobre lo que ocurrió antes de la muerte de Cristo, y toda su segunda mitad (capítulos 13-21) se centra en estos acontecimientos. Esto se debe a que Juan fue, evidentemente, el único discípulo presente en algunas partes del juicio de Jesús (18:15-40) y estuvo realmente presente al pie de la cruz (19:35).

Arresto

Uno de los aspectos más característicos del Evangelio de Juan es el relato extenso y detallado del discurso de despedida y la oración de Jesús la noche de Su arresto. Pero Juan también nos ofrece un dato singular sobre el mismo arresto.

Solo Juan nos cuenta que, cuando los enviados a detener a Jesús lo encontraron con Sus discípulos en Getsemaní, preguntaron cuál de ellos era Jesús. La mayoría de las traducciones al inglés dicen que, cuando Él respondió: *Yo soy* [Él], los soldados y los líderes judíos cayeron hacia atrás, atónitos (18:6). Pero la palabra *él* es una adición, y las palabras *Yo soy* (*ego eimi* en griego) hacen eco directamente al nombre de Dios que fue revelado a Moisés (Éxodo 3:14).

Estas palabras que pronunció Jesús son la culminación de siete ocasiones (Juan 4:26; 8:24, 28, 58; 13:19; 18:5, 8) en las que

Jesús utilizó esa misma expresión *Yo soy*. (Estas se suman a las siete declaraciones que registra Juan, en las que Jesús afirmó cosas tales como: “Yo soy el pan de vida”, etc.). *Yo soy* es fundamental para el tema principal del Evangelio de Juan en lo que respecta a la naturaleza divina de Jesús.

Juicio

Dado que, al parecer, la familia de Juan tenía contactos con el sumo sacerdote, Juan pudo entrar en la casa de este (18:15) y, al parecer, presencié partes del juicio de Jesús. Juan muestra un interés especial por relatar las conversaciones importantes de Jesús con personas concretas (Nicodemo, la mujer samaritana y otros), más que por Sus enseñanzas públicas a las multitudes. Así pues, el apóstol registra de forma única las discusiones de Jesús con el sumo sacerdote y con el gobernador romano, Pilato.

Juan también nos muestra un aspecto interesante y que fácilmente pasa desapercibido del juicio de Jesús. Los Evangelios

sinópticos nos dicen que Jesús fue acusado de muchas cosas (Mateo 27:13, 14; Marcos 15:3, 4; Lucas 23:14). Pero Juan nos dice (18:29, 30) que, cuando Pilato preguntó qué cargos se le imputaban a Jesús, los sumos sacerdotes respondieron que era un malhechor (RVR1960) o un criminal (NTV). En los cargos legales, la palabra griega utilizada por Juan (*kakopoios*) frecuentemente solía tener el significado específico de “mago” o “hechicero”. Tanto los judíos como los romanos tenían leyes que imponían penas severas por practicar la magia o la brujería, y las autoridades religiosas aparentemente utilizaron esto como su acusación inicial respecto a los milagros de Jesús. Cuando Pilato pareció haber dejado de lado esta acusación inicial, entonces se le acusó a Jesús de algo que el gobernador romano no podía ignorar.

Rey de los Judíos

Esa sola acusación era traición — el que Jesús fuera un líder que se oponía a la autoridad del



El Discípulo Junto



a la Cruz

© Denis-Art | istockphoto.com

emperador. Juan da más detalles sobre esta acusación que cualquier otro evangelista. Él nos muestra que cuando Pilato le preguntó a Jesús sobre Su reinado, Jesús respondió: “Mi reino no es de este mundo” (Juan 18:36), a lo que Pilato replicó: “¡Así que eres rey!” (v. 37).

Quizás en un intento por apaciguar la ira de los judíos, Pilato permitió entonces que sus soldados azotaran a Jesús, le coronaran con espinas y le vistieran con un manto púrpura que simbolizaba la realeza (19:2, 3).

Pero aunque Pilato estaba evidentemente convencido de que Jesús no representaba una amenaza real para Roma (18:38), los líderes judíos insistieron “Si dejas en libertad a este hombre, no eres amigo del César. Cualquiera que pretenda ser rey se hace su enemigo” (19:12). Esto, nos dice Juan, fue el punto decisivo que llevó a Pilato a permitir que Jesús fuera crucificado.

Todos los Evangelios mencionan al letrero que Pilato colocó en la cruz de Jesús, pero Juan nos

da el texto completo del letrero (“JESÚS DE NAZARET, REY DE LOS JUDÍOS”). Solo él nos dice que el letrero estaba escrito en hebreo (arameo), latín y griego, y que los judíos instaron a Pilato a cambiar el texto, pero él se negó (vv. 20-22).

La cruz

La presencia de Juan en el juicio y la condena de Jesús hizo que fuera el único escritor de uno de los Evangelios en relatar que Jesús cargó Él mismo Su cruz al comienzo del camino hacia el Gólgota (19:17). No fue hasta más tarde cuando se obligó a Simón de Cirene a llevar la cruz en el tramo final del camino. Además, la presencia de Juan al pie de la cruz le permitió ser testigo de una serie de acontecimientos que tuvieron lugar allí.

Una de ellas, comenta Juan, es que, de todos los discípulos (además de él), solo había allí cuatro mujeres: “Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la esposa de Cleofas, y María Magdalena”

(19:25). Juan también registra el increíble amor que Jesús mostró — a pesar de la agonía de Su crucifixión — al encargarle que llevara a Su madre a su casa para cuidar de ella (vv. 26, 27). Además de algunas de las últimas palabras de Jesús que no aparecen en los otros Evangelios, solo Juan conserva el gran grito final de victoria de Jesús: “Todo se ha cumplido” (v. 30).

Al parecer, Juan permaneció junto a la cruz durante algún tiempo tras la muerte de Jesús, ya que es el único que nos cuenta que después los soldados les rompieron las piernas a los otros dos hombres crucificados con Él, pero no las de Jesús. En lugar de eso, Juan nos cuenta que “uno de los soldados le abrió el costado con una lanza” (v. 34) para que se cumplieran las Escrituras: “No le quebrarán ningún hueso” y “Mirarán al que han traspasado” (vv. 36, 37).

Humano y Divino

Juan llena su Evangelio de detalles únicos como los que hemos visto en este artículo. En ningún otro lugar queda esto más claro que en su extensa narración del arresto, el juicio y la muerte de Jesús. Si no fuera por Juan, no tendríamos un relato real de un testigo ocular de gran parte de lo que ocurrió antes y durante la crucifixión. Y veríamos mucho menos tanto de la humanidad como de la divinidad del sacrificio supremo de Jesús. **AB**

R. Herbert (seudónimo) es doctor en estudios bíblicos y en lenguas y arqueología del Antiguo Oriente Próximo. Las citas bíblicas son de la *Nueva Versión Internacional*, a menos que se indique lo contrario.



© RomoloTavani | istockphoto.com

[Liderazgo]

Carne Débil,

por Kurt Lang

No hace falta buscar mucho en las Escrituras para descubrir la que quizá sea la mayor verdad sobre la humanidad: Una guerra se libra en el interior de nuestras almas. El espíritu interior lucha contra la carne exterior, y no hay tregua a la vista. “¡Miserable de mí!”, escribe Pablo. “¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). La victoria es posible, pero no de la forma que jamás podríamos imaginar.

Entra en escena Jesús. Él está a punto de ir a la cruz por un delito que no cometió. La decisión que tiene ante Él sellará la victoria sobre nuestra feroz guerra interna. Todo se reduce a esto: El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil (Marcos 14:38).

Aunque Jesús era plenamente Dios, también era plenamente humano, y experimentaba todas las emociones y aspectos físicos a los que sucumbe todo ser humano. Jesús fue tentado igual que todos nosotros, pero nunca pecó (Hebreos 4:15). El pecado, tal y como se describe aquí, consiste en ceder a la tentación que nos

impone nuestro cuerpo físico de servir y dar prioridad al yo antes que a Dios.

El pecado también tiene que ver con protegernos del dolor físico, el rechazo, el miedo y el fracaso. Huimos del dolor y buscamos el placer. Este es el deseo de la carne: la autoconservación.

Nuestro ejemplo

El camino de Cristo hacia la cruz resume esta dura realidad, incluso para Aquel que es perfecto. ¿Debía Cristo darnos un ejemplo de cómo dejarnos guiar por el Espíritu, en total obediencia al Padre? Sin duda. Sin embargo, para hacerlo, también tuvo que mostrarnos una imagen de la batalla a la que nos enfrentamos en nuestra mayor tentación: los impulsos de la carne.

“Padre Mío, si es posible, que pase de Mí esta copa; pero no sea como Yo quiero, sino como Tú quieras” (Mateo 26:39). Sin duda, pensaba en la supervivencia y en proteger la carne del dolor y la muerte. Incluso era consciente de la posibilidad de invocar a legiones de ángeles que habrían acudido encantados a rescatarlo (v. 53).

Y, mientras tanto, esta batalla

se libraba en el interior de nuestro Mesías. Él tuvo que soportar un dolor y una decepción absolutos al ver cómo Su discípulo y amigo íntimo, Pedro, fracasó por completo en la misma lucha. Tres veces. En presencia de Jesús (Marcos 14:66-72).

Tanto Pedro como Jesús se enfrentaron al dolor físico, al miedo y al rechazo. Pedro tenía un espíritu dispuesto, llegando incluso a proclamar que moriría por Jesús (v. 31). Pero la debilidad de su carne temporal fue más fuerte que su deseo de superarla. Jesús, por otro lado, se dio cuenta de esta necesidad, “Velen y oren para que no entren en tentación; el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil” (v. 38).

Vida en el Espíritu

Jesús ganó la batalla del espíritu contra la carne, encontrando vida frente a la muerte. ¿No es irónico que el deseo de vivir en la carne sea lo opuesto a la muerte que en realidad trae? La vida está en el Espíritu — literalmente. Jesús prometió enviarnos al Espíritu Santo, el mismo Espíritu que resucitó a Cristo de entre los muertos, y que puede hacer fácilmente lo mismo en ti y en mí (Romanos

Espíritu Dispuesto

8:9-11). Así que, para no pensar que fue injusto que Jesús no fuera simplemente humano, sino Dios hecho carne, recordemos que el poder de Dios también habita en nosotros mediante la presencia del Espíritu Santo.

La cruz nos cuenta la historia. Cristo murió en la carne, pero resucitó a la vida eterna en el Espíritu. Gracias a la cruz, esta es también nuestra realidad. ¿Es el Espíritu más fuerte que la debilidad de nuestra carne? Puede serlo, pero debemos elegirlo a Él.

Pablo habló de disciplinar su cuerpo y mantenerlo bajo control porque, de no hacerlo, quedaría descalificado para recibir la gracia que tan elocuentemente predicaba a los demás (1 Corintios 9:24-27). Su carne era débil, pero la voluntad de su espíritu era más fuerte.

El misionero Jim Elliott popularizó esta cita: “No es necio quien da lo que no puede conservar para ganar lo que no puede perder”. No podemos conservar nuestra carne, pero en Cristo no podemos perder nuestro espíritu. El necio es aquel que busca preservar la carne a costa de renunciar al espíritu.

Venciendo la carne

¿En qué punto de la escala de la necesidad te situarías? ¿Es débil tu capacidad para vencer a la carne? ¿Qué vicios y malos hábitos caracterizan actualmente tu vida? ¿Por qué parece que sigues sin conseguir apartarlos de tu vida? ¿Serías como Pedro, que seguía volviendo a la negación para preservar la carne, solo para descubrir que no estaba preservando nada en absoluto? ¿O serías como Jesús, tal y como lo describe el autor de Hebreos:

“Por tanto, puesto que tenemos en derredor nuestro tan gran nube de testigos, despojémonos también de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos envuelve, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, quien por el gozo puesto delante de Él soportó la cruz, despreciando la vergüenza, y se ha sentado a la diestra del trono de Dios. Consideren, pues, a Aquel que soportó tal hostilidad de los pecadores contra Él mismo, para que no se cansen ni se desanimen en su corazón” (12:1-3).

¡Hay alegría en vencer a la carne por el poder del Espíritu! Pero esta alegría solo puede producirse cuando te arrodillas ante la cruz.

Gracias, Jesús, por soportar la cruz y toda su vergüenza. Tu recompensa es el reino. No hace falta que me recuerdes que en este mundo y en la carne tendré tribulaciones. Pero, por favor, dame la fuerza de la cruz y dame poder cada día para caminar en ella — el poder que es mío porque Tú has vencido al mundo (Juan 16:33).

Jesús nos dio el ejemplo. Ahora podemos ir y hacer lo mismo. **AB**

Kurt Lang es pastor de la congregación de Eugene, OR, y decano adjunto de Asuntos Académicos (en inglés) en Artios Christian College. Las citas bíblicas son de la *Nueva Biblia de las Américas (NBLA)*.



¿Desea leer más artículos como este de los escritores de Artios? Visite el archivo de Liderazgo (en la sección Socios) en baonline.org.



© jokerpro | istockphoto.com

Encontrando el equilibrio
adecuado como ciudadanos
de dos reinos.
por Tez Brooks

Los cristianos suelen defender dos causas: seguir al Carpintero con una cruz y animar al candidato con una corona. Pero, ¿y si construir el reino de Dios a través de la política se convierte precisamente en lo que nos aleja de él?

La expresión *nacionalista cristiano* se utiliza con mucha frecuencia. ¿La entendemos? Vivir en una nación cristiana suena ideal, pero ¿lo es realmente? Quizás la fe audaz en el reino de Dios no se lucha en las urnas, sino en el corazón humano.

Últimamente he reflexionado en esto, si Jesús dejó Su trono para convertirse en un hombre frágil y ordinario, entonces la

humildad no es solo algo que Él nos pide; Él nos dio el ejemplo.

Considere esto: El Creador de las galaxias se encarnó, caminó por caminos polvorientos y comió con pescadores. Eso significa que nuestra vocación no es ascender más alto, sino inclinarnos más. Nuestra esperanza es Jesús, nada más.

¿Estoy sugiriendo que aceptar la adversidad significa que debemos acobardarnos y tolerar el maltrato? No, debemos defender lo que es justo, incluso ante la persecución. Lo que hacen los cristianos que alzan la voz es una fuente de inspiración para mí y para millones de personas más. Pero hay una gran diferencia entre un nacionalista y un nacionalista cristiano.

¿Qué significa eso?

El nacionalismo es una ideología centrada en el patriotismo y la lealtad, pero el nacionalismo cristiano es una forma específica

de dominación religiosa que aboga por la fusión de las identidades cristiana y nacional. Una diferencia clave es el papel de la religión: Mientras que un nacionalista simplemente ama a su país, un nacionalista cristiano cree que la nación debe definirse y gobernarse de acuerdo con principios religiosos, al igual que muchos líderes islámicos.

Aunque esto pueda parecernos atractivo a los creyentes, debemos comprender que el reino de Cristo no llega a través del voto ni de las victorias militares. No crece mediante la legislación de la moralidad ni la conquista de cargos políticos. De hecho, Jesús dijo a Sus discípulos todo lo contrario: El más grande en Su reino será el servidor de todos. Él dio la vuelta al guión. Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros.

Por eso debemos reflexionar cuando oímos enseñanzas sobre el dominionismo cristiano — es

decir, establecer el reinado de Dios en la tierra. Eso puede sonar audaz, incluso patriótico. Pero las Escrituras nos enseñan a ser sal y luz para ejercer influencia. La Biblia nos muestra constantemente que Jesús inició Su reino y dijo que es como una semilla de mostaza que crece. Cristo completará Su reino en Su segunda venida.

Hasta entonces, vivimos en el *ahora* y el *todavía no*, lo que significa que el reino ya está aquí, en nuestros corazones (Lucas 17:20, 21), y no es un territorio físico. Pero no podrá consumarse hasta que Cristo venga a reinar. Hasta entonces, debemos servir, no dominar.

¿Podemos votar en contra de leyes impías? Por supuesto, y debemos hacerlo. No estamos llamados a aceptar pasivamente toda legislación pagana en nombre del amor y la aceptación. Pero tampoco queremos crear una nación que multe o encarcele a quienes no obedecen a Dios — eso es lo que hacen algunas naciones del Medio Oriente. Esto se trata de un cambio de corazón (nacer de nuevo), no de un nacionalismo cristiano.

Sin el evangelio y la salvación, lo único que hacemos es pedir a la nación que imite a los hijos de Dios en lugar de convertirse en hijos de Dios. Cuando sustituimos la transformación del corazón por exigencias de moralidad, perjudicamos el Evangelio. Es un evangelio ajeno. Nadie se salva; simplemente se les obliga a cumplir.

No de este mundo

Pilato le preguntó una vez a Jesús si era rey. Si alguna vez hubo un momento en el que Jesús pudiera reunir a Sus seguidores y proclamar una revolución terrenal, era ese. En cambio, respondió: “Mi reino no es de este mundo;

si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían... pero mi reino no es de aquí” (Juan 18:36).

Cuando los fariseos le preguntaron cuándo vendría ese reino, Jesús respondió, “El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:20, 21).

Estos versos desmontan el sueño dominador de instaurar el reino de Dios en la tierra mediante políticas o sistemas políticos que apuntan hacia nosotros en lugar de hacia Cristo. Si Jesús hubiera querido que Sus seguidores tomaran el control, lo habría dicho en aquel momento. En cambio, desvió la atención de los reinos terrenales y la dirigió hacia uno espiritual. No se puede localizar en un globo terráqueo. No se puede señalar el Capitolio y decir, “Ahí está”. El reino es espiritual; comienza en los corazones de los creyentes.



En el Antiguo Testamento, Israel era una teocracia gobernada directamente por Dios. Pero cuando vino Jesús, todo cambió. Bajo el nuevo pacto, los creyentes viven bajo gobiernos terrenales. Pablo dijo a la iglesia de Roma, “Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios” (Romanos 13:1).

Hay que tener en cuenta que Pablo escribió esto bajo el reinado de Nerón, un violento perseguidor de los cristianos. Sin embargo, nunca dijo a los creyentes que derrocaran el imperio. Su consejo era respetar a los líderes, a menos que se opusieran directamente a los mandamientos de Dios. Es entonces cuando podemos alzar la voz y negarnos a obedecer. Se trata de un acto individual que debemos realizar para demostrar nuestra devoción a los preceptos de Dios.

Debemos temer a Dios más que a las autoridades humanas, y si esto nos lleva a una desobediencia silenciosa y pacífica, que así sea. Pero hay que estar preparados para aceptar las consecuencias de nuestra desobediencia y sufrir en nombre de Cristo. Sí, necesitamos que haya líderes piadosos en los puestos de alta autoridad, no para crear una burbuja de rectitud moral, sino para ser

una luz para el mundo que señale a Jesús como la respuesta.

Lo que Jesús mandó

Antes de ascender al cielo, Jesús dejó clara Su misión: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas

que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19, 20).

Llevo veinticuatro años en el ministerio de tiempo completo y cada día recuerdo que nuestra misión es hacer discípulos, no construir un imperio. Pablo hizo eco de esto cuando instó a Timoteo: “que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Timoteo 4:2). Fíjese en los verbos: *predicar, enseñar, bautizar, amar, servir*.

En ninguno de los mandamientos de Jesús encontrará nada que se refiera a *tomar el poder*. Cuando le preguntaron sobre el pago de impuestos, Jesús respon-

Peligros a evitar

El nacionalismo cristiano es seductor porque promete seguridad, poder e influencia. Pero reduce el evangelio a una ideología política. Aunque se trata de una causa noble, da a entender que la fe solo es auténtica si domina. Es salvación por otros medios distintos a Cristo.

Un compañero en la fe me confesó una vez que se sentía sin esperanza porque su candidato había perdido las elecciones. Me dijo: “Es que no veo cómo puede sobrevivir ahora el cristianismo”. Eso me preocupó porque el evangelio ha prosperado bajo emperadores, dictadores, monarquías, democracias — bajo todos los sistemas de gobierno imaginables. Pero los cristianos siguen existien-

prójimo. Ora con un compañero de trabajo. Perdona a quienes te hacen daño. Tu fidelidad silenciosa habla más alto que cualquier mitin político.

Ciudadanos de dos mundos

Pablo dice: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos” (Filipenses 3:20). Seguimos votando, pagando impuestos y orando por los líderes, pero nuestra lealtad final es a Cristo.

Pienso en algunos de los profesores que conozco. No siempre están de acuerdo con las políticas del distrito, pero consideran el aula como su campo misionero. Oran junto a los escritorios de los alumnos antes de que estos lleguen. Estos profesores ofrecen aliento y son ejemplo del amor de Cristo. Su influencia no proviene del poder — sino de la presencia de Dios en sus vidas.

El dominio cristiano no es bíblico. El evangelio no necesita el respaldo del gobierno ni el poder para prosperar. Las enseñanzas de Jesús nos señalan el camino hacia la humildad, el servicio y la transformación espiritual. Así que, si su ministerio está en la mira, ¡aprovechen esa oportunidad! Calculen el costo, pero no se detengan, no se acobarden (aunque eso signifique una muerte segura). La gente necesita desesperadamente un Salvador, y ustedes conocen la única solución. ¡Proclámenla con valentía!

Mi oración es: “Señor, ayúdanos a recordar que Tu reino no es de este mundo. Perdónanos si hemos depositado demasiada esperanza en los líderes humanos, tratando de crear el cielo en la tierra. Enséñanos a confiar en que Tu regreso pondrá todas las cosas en su sitio. Nosotros, los humanos, no podemos hacerlo”.

continúa en la página 26



dió: “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios” (Marcos 12:17). Esta era una línea divisoria. Los gobiernos pertenecen a este mundo, pero el reino de Dios es eterno.

Intento poner esto en práctica pagando mis impuestos y respetando la ley, pero mi esperanza no está en Washington D. C., ni tampoco en mis esfuerzos ministeriales. Está en Cristo. Soy ciudadano de dos reinos, pero sé cuál de ellos es más importante y eterno.

do hoy en día — incluso después de varios intentos de genocidio masivo. Eso se debe a que Jesús no necesita un presidente ni un rey para validar Su reino. Él ya reina.

La iglesia primitiva no tenía derecho al voto, ni grupos de presión, ni partidos políticos. Sin embargo, su influencia transformó al Imperio Romano con un amor radical. El Antiguo Testamento también registra la bondad del pueblo de Dios cuando la crueldad era la norma. Ama a tu

David Descubre el Sacrificio



© Ranta Images | istockphoto.com

por Marcia Sanders

Sol . . . cielos azules. David sonrió. ¿Podía un día ser mejor? Absorto en sus pensamientos sobre el próximo viaje de campamento con sus amigos de la iglesia y toda la diversión que tendrían, no notó la expresión de preocupación en el rostro de su madre cuando ella lo llamaba.

“¿Qué pasa?” respondió David. “Ya terminé mis quehaceres y he empezado a empacar para el viaje”.

“No se trata de eso” respondió mamá, con un gesto de pesar en su rostro. Es papá. “Se cayó y se rompió la cadera, así que está en cirugía. No podrás ir al viaje de campamento porque la abuela necesitará que la ayudes con las tareas mientras papá se recupera. Lo siento mucho. Sé que esperabas con muchas ganas este viaje”.

“¿Lo sientes? ¡Es mucho más que eso!” respondió David, con un tono más alto de lo que quería—. He esperado este viaje durante meses. Hice trabajos ocasionales para pagármelo. Todos mis amigos estarán nadando, montando a caballo y tirándose en tirolesa. Estoy seguro que alguien más puede quedarse con la abuela.

Mamá miró a David con una profunda decepción en los ojos. “¿Tienes idea de lo difícil que es esto para tus abuelos? No hay otra opción”.

Mamá regresó a la casa, dejando a David afuera. David no recordaba haber estado tan decepcionado — tener que renunciar a algo que significaba tanto para él.

En ese momento, apareció su papá. “¡Hola, David! ¿Cómo va todo?”

“Bien” murmuró David.

“Esa es, probablemente, la forma menos agradable en que he oído pronunciar la palabra “bien”. Papá sonrió. “¿Quieres contarme qué hace que este día sea tan “bueno” para ti?”

“Me acabo de enterar de que no puedo ir al viaje anual de campamento porque tengo que quedarme a cuidar a la abuela, se quejó David.

“Perderse el viaje es duro. Pero es una gran oportunidad para ti”.

“¿Qué? ¿Una oportunidad para sentirme miserable?” protestó David.

“No . . . para experimentar el sacrificio” respondió su papá. “En este país, no se espera que hagamos un sacrificio real. No como verse amenazado de muerte o de sufrir lesiones simplemente por servir al Señor. Por supuesto, esto no es nada comparado con los sacrificios de ellos — y mucho menos con lo que Cristo entregó — pero aun así es un sacrificio”.

“No lo había pensado así” reflexionó David. Aunque todavía no me gusta.

“Bueno”, dijo su papá riendo, “no sería exactamente un sacrificio si te gustara. ¿Recuerdas la respuesta de Jesús cuando se acercaba el momento de su muerte?”

David pensó por un momento.

“Realmente, no”.

“Jesús oró con tanto fervor que Su sudor parecían gotas de sangre, y tres veces le pidió a Dios que lo librara de aquella muerte. Pero Sus palabras finales fueron: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”. Verás, Jesús no quería sufrir, pero sí quería obedecer. A veces debemos hacer cosas realmente difíciles — incluso cuando no queremos.

“Yo amo a la abuela y al abuelo —respondió David—, y me gusta estar con ellos. Supongo que, tal vez, no sea un sacrificio tan grande como pensé al principio”. **AB**

Marcia Sanders escribe desde Fort Smith, AR, donde asiste a la Iglesia de Dios (Séptimo Día) con su esposo, Randy.



Mi Verso Favorito

Gálatas 2:20

© Sakorn Sakkasemsakorn | istockphoto.com

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (RVR 1960).

por Jason Overman

Aunque amo cada palabra de Dios, algunos versos comunican más que otros. Por eso, mi verso favorito es Gálatas 2:20. No puedo pensar en otro verso que diga más en una sola oración (compuesta por siete cláusulas) que este. Cuando reflexiono sobre lo que significa ser cristiano, o cuando alguien curioso me hace esa pregunta, este verso es lo primero que pronuncio. Siete pensamientos maravillosos captan la esencia de Gálatas 2:20.

Estoy. El uso que hace Pablo de siete pronombres en primera persona del singular convierte a este en uno de los versos más personales de la Biblia y de toda la antigüedad. En esta carta a las iglesias de Galacia, se me recuerda que, si bien el cristianismo es una comunidad, cada uno de nosotros mantiene una relación íntima y personal.

Con Cristo. El pronombre personal yo no hace que mi fe sea egocéntrica. Cada uso del mismo viene condicionado por *Cristo*, el tema ineludible del verso que transforma la vida. Quién es Él y lo que ha hecho lo cambia todo, incluyéndome a mí. Y esta relación personal es nada menos que una unión con Cristo.

Crucificado. Ser cristiano significa no solo estar unido a Cristo, sino también identificado de manera única con el acontecimiento central de Su vida: la cruz. Él transforma divinamente este instrumento de tortura y muerte en salvación expiatoria. No es solo un regalo que se recibe, sino uno en el que se participa. Estar *crucificado con Cristo* implica una entrega total a Él, al morir a mi propio yo.

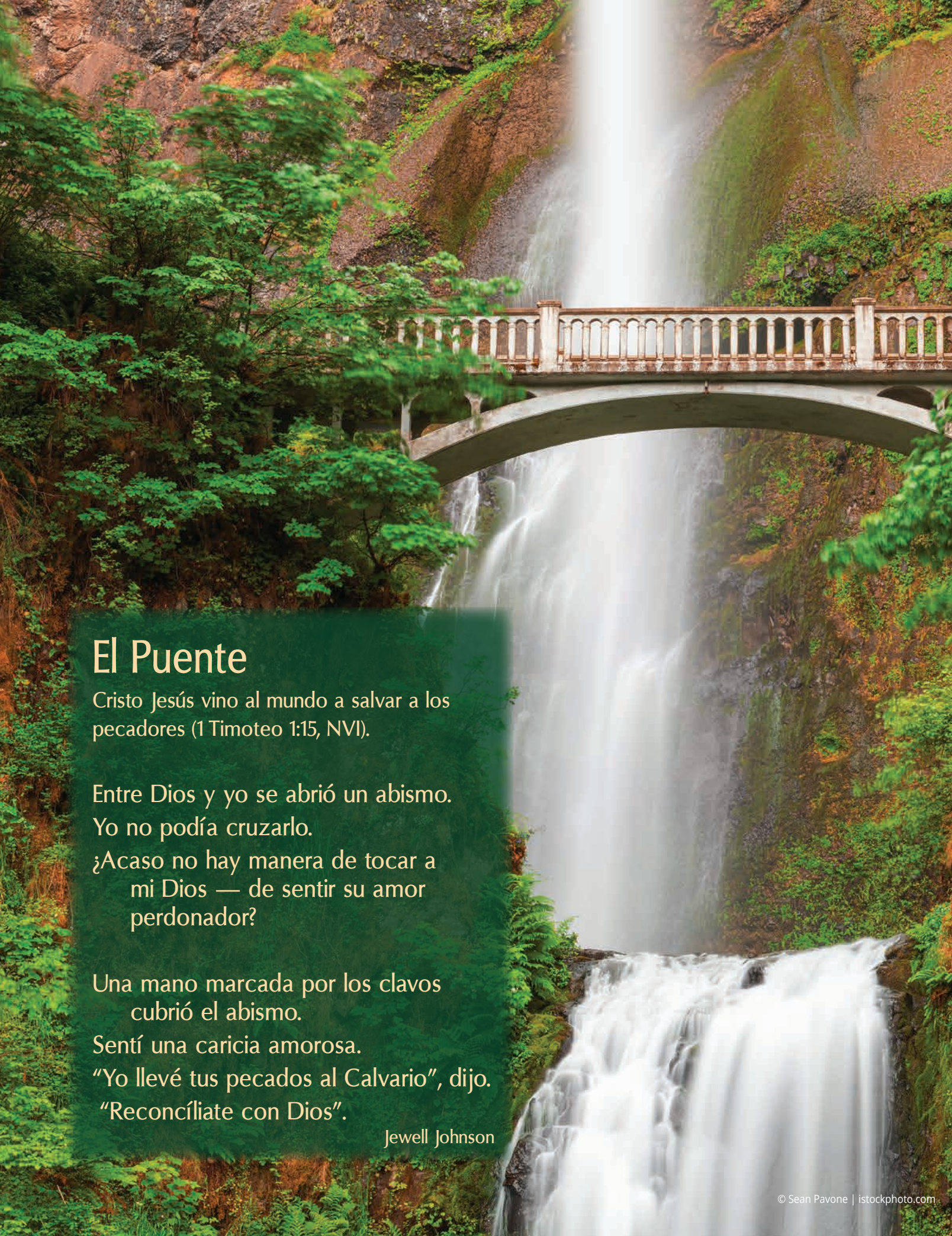
Lo que vivo. En el centro de este verso y de esta relación se encuentra una nueva forma de vivir. Unido a Cristo, me identifico con Su crucifixión y Su resurrección.

También resucito con Él a una vida nueva. Jesús es vida. Ahora vivo por medio de Él una vida abundante y transformada.

Por fe. Me aferro a esta vida en unión con Cristo confiando en Aquel que ha sido fiel conmigo. Al igual que Abraham, solo cuando creo que Dios puede hacer por mí, y en mí, aquello que yo no puedo hacer por mí mismo, la vida de Cristo se une a la mía.

El cual me amó. Esta conclusión de dos partes pone en contexto todo lo anterior. Antes de mí, antes de la fe, antes de la crucifixión y la resurrección, está el amor de Dios. El amor de Su Hijo. Esa es motivación, y la acción, que hace posible todo lo demás. Sí, Dios amó tanto al mundo, pero en medio de todo eso, Él *me* vio y *me* amó. . . .

Y se entregó por mí. Porque Jesús amaba, Se entregó. Este es un amor sacrificial. Esta es la cruz, el peso del pecado. Él lo cargó. Por todos. Y por mí. Ese doble *por mí* al final resulta impactante por su carácter personal. No soy digno de ese amor, de Su regalo, pero me aferro a él y a Él mismo. Y así, voy aprendiendo a amar y a dar tal como Él lo hizo.



El Puente

Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores (1 Timoteo 1:15, NVI).

Entre Dios y yo se abrió un abismo.
Yo no podía cruzarlo.

¿Acaso no hay manera de tocar a
mi Dios — de sentir su amor
perdonador?

Una mano marcada por los clavos
cubrió el abismo.

Sentí una caricia amorosa.

“Yo llevé tus pecados al Calvario”, dijo.
“Reconcíliate con Dios”.

Jewell Johnson

Él No Hubiera Bajado

continúa en la página 15

reino de Dios. Vio una iglesia llena de personas imperfectas unidas en la adoración y en una gratitud sin fin gracias al sacrificio en aquella cruz.

Esto es lo que significa el Calvario para el mundo: Dios ha abierto un camino para que los pecadores se reconcilien con Él a través de Jesucristo. La cruz no es solo un ejemplo de valentía, aunque sea valiente; no es solo una imagen de injusticia, aunque ponga al descubierto la injusticia; no es solo la muerte de un hombre inocente, aunque Jesús fuera inocente. La cruz es el sacrificio expiatorio del Hijo de Dios.

En la cruz, la culpa se encuentra con la gracia. El juicio se encuentra con la misericordia. La santidad de Dios y el amor de Dios se ven juntos en el Cristo crucificado.

Entonces se oyó el grito: “¡Consumado es!” (Juan 19:30).

No “Estoy acabado”, como si la muerte le hubiera derrotado. No “Lo intenté”, como si la redención hubiera fracasado. Sino “¡Consumado es!” El sacrificio se había completado. La deuda había sido pagada. La obra que el Padre le había encomendado a Jesús se había cumplido.

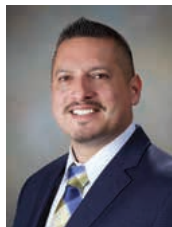
La multitud gritaba: “¡Baja!”, pero Jesús se quedó. Se quedó hasta que se dio respuesta al pecado y se abrió la misericordia. Se quedó hasta que se rasgó el velo y se pagó el precio. Se quedó hasta que pudo decir: “¡Consumado es!”

Por eso no pasamos de largo ante la cruz. Antes de celebrar el sepulcro vacío, nos detenemos a contemplar el Calvario.

Recordamos al Cordero que fue inmolado. Recordamos al Salvador que se quedó. Recordamos que nuestra esperanza no se compró con plata ni con oro, sino con la preciosa sangre de Cristo.

El mundo le dijo: “Sálvate a ti mismo”. Pero Jesús eligió salvarnos a nosotros. **AB**

Moisés Capetillo es subdirector de GC Missions (Misiones de la CG) y pastor principal de la congregación de Albuquerque NM, junto a su esposa, Victoria, y sus seis hijos.



¿Es Bíblico el Nacionalismo Cristiano?

continúa en la página 22

Las papeletas, los presidentes o los ejércitos no traerán el reino de Dios. Este vendrá cuando Cristo regrese en gloria. Nuestra vocación es clara: vivir con humildad, amar profundamente y compartir las Buenas Nuevas con valentía mientras clamamos, “¡Ven, Señor Jesús! ¡Nuestra única esperanza!”.

AB

Tez Brooks escribe desde Colorado Springs, CO.



Preservando el Pasado

¡El tan esperado proyecto de archivar de BAP ya está en marcha! Gracias a la inversión del consejo de directores, se han dado pasos importantes para preservar las publicaciones históricas de la Conferencia General en beneficio de las generaciones futuras.

Un agradecimiento especial a Isaac Overman (en la foto), quien pasó cuatro semanas (del 18 de mayo al 12 de junio) en las oficinas de la Conferencia General para poner en marcha el proyecto. El trabajo de Isaac abarcaba la digitalización de publicaciones históricas — delicadas por su antigüedad — la organización de archivos, y la creación de copias digitales con la calidad para su conservación y la facilidad para tener acceso a ellas.

En total, Isaac digitalizó más de 30.000 páginas que abarca los primeros setenta años de *The Hope of Israel/Bible Advocate* (*La Esperanza de Israel/Abogado de la Biblia*), desde 1863 hasta 1932.

El proyecto apenas comienza, pero estamos muy satisfechos con este excelente inicio.



Sazonado con Gracia

Con fecha de publicación prevista para antes de finales de 2026, Seasoned with Grace es un devocional único para mujeres.

El devocional presenta 52 devocionales



edificantes basados en las vidas de mujeres de la Biblia. El libro incluye también 25 deliciosas recetas que complementan su mensaje de alimento tanto para el cuerpo como para el alma.

Ya sea para el crecimiento personal, el estudio bíblico o como un regalo especial, Seasoned with Grace es un recurso significativo para mujeres de todas las edades. ¡Esté atenta a su lanzamiento y comparta la bendición con alguien que necesite aliento, esperanza e inspiración.

El devocional estará disponible en español.

Apoyo Misionero

Misiones de la CG invierte en el envío de pastores



misioneros y evangelistas que comparten el Evangelio y capacitan a otros para hacer lo mismo. El apoyo financiero les permite enseñar y predicar las buenas nuevas, así como establecer congregaciones activas en nuevas regiones.

Continúe apoyando la labor de Misiones de la CG enviando sus donaciones a través de una de las siguientes opciones:

- Por Zelle, a give@cog7.org;
- Por cheque, envíelo a P.O. Box 33677, Denver, CO 80233 (Asegúrese de escribir "GC Missions" en la línea del memo);
- En línea, en <https://secure.cog7.org/giving/>.

Videos Trimestrales

Involucrar a los estudiantes en el estudio



Bible Advocate Press

bíblico para adultos sigue siendo una prioridad de Bible Advocate Press. Breves videos introductorios para cada lección (en YouTube) están diseñados para guiar a estudiantes y maestros hacia el propósito del autor para el estudio de la Escuela Sabática.

Les animamos a ver cada video antes de la lección y a utilizarlos para enriquecerse y edificarse mutuamente durante su estudio bíblico cada sábado en sus localidades.

Consulten nuestro archivo de videos de lecciones en nuestro canal de YouTube: https://youtube.com/playlist?list=PLZt1RwqAGRk_zkUeHGkk_TOR5ohOoJrl7&si=H7Ha2N8T8KIXvRa3.



¡GRACIAS POR SU REGALO!

Tu donativo de hoy rendirá el doble: todas las contribuciones serán igualadas hasta diciembre de 2027.

Al donar, ayudas a equipar y capacitar a líderes locales para que utilicen los dones que Dios les ha dado a fin de fortalecer las iglesias, disciplinar a los creyentes y ampliar las oportunidades de ministerio en sus comunidades. Juntos, podemos invertir en líderes fieles y con espíritu de servicio que están generando un impacto eterno para Cristo.

Donar hoy y ayuda a construir iglesias más fuertes para el mañana.

FORMAS DE CONTRIBUIR



EN LÍNEA



zelle
give@cog7.org



CORREO
P.O. BOX 33677
DENVER, CO 80233

Por favor, destine todas las donaciones a Artios Endowment Fund.

Nota: Las operaciones de Artios Endowment Fund se realizan y preservan de forma permanente. Únicamente las contribuciones y las distribuciones autorizadas de donativos a fines del ministerio.

La Presión de la Persecución



© Jacob Wackerhausen | istockphoto.com

Sirviendo y sufriendo
con Cristo.
por **Ronald Rousseau**

Hubo un tiempo en el que el simple hecho de ser considerado cristiano podía llevarte a la cárcel. Así fue al principio, después de la resurrección de Cristo, cuando el cristianismo era una religión ilegal. Los seguidores del Camino eran perseguidos y tenían que reunirse en secreto. Sus lugares de reunión estaban señalizados de tal forma que solo quienes los conocían podían identificarlos.

Patrimonio perdido

Pero la presión de la persecución puede tener consecuencias nefastas.

Esta verdad queda ilustrada en una intrigante historia del norte de México sobre un antropólogo que estudiaba a los habitantes de la

región. Un día observó un comportamiento peculiar. Una mujer estaba haciendo tortillas de maíz y tomó un puñado de masa para quemarla. A él le pareció extraño, pero siguió adelante. A medida que continuaba con su estudio, vio a otras mujeres repetir el mismo comportamiento, tomar un puñado de masa y quemarla.

Después de observar esto varias veces, el antropólogo se acercó por fin a una de estas mujeres y le preguntó por qué quemaba un puñado de masa. Ella respondió, “No lo sé. Mi mamá lo hacía así, así que yo lo hago así. Así es como ella me enseñó”.

El antropólogo quedó intrigado. Tras estudiar a fondo las genealogías de estas mujeres, determinó que todas ellas tenían ascendencia judía. Él remontó su origen a los judíos de la Segunda Guerra Mundial que huyeron a México y ocultaron su identidad adoptando la religión predominante de la época. Ellos bautizaron a sus hijos en la Iglesia católica, al tiempo que participaban en ritos judíos en

casa, como los holocaustos. Les pusieron nombres cristianos a sus hijos y se integraron en la sociedad de la época.

Algunas familias nunca recuperaron su verdadera identidad, ya que el miedo a revelarse como judíos las paralizaba. Sus hijos se comportaban de manera peculiar, sin saber por qué. Perdieron el vínculo con sus antepasados y su religión.

El antropólogo intentó volver a conectar a algunas de esas familias con sus antepasados. Por supuesto, algunas lo aceptaron; la mayoría, no.

¿Pérdida de fe?

No es la primera vez que ocurre algo así. La Biblia presenta una serie de acontecimientos similares con los mismos resultados.

“Josué, hijo de Nun, siervo del Señor, murió a la edad de 110 años. Y lo sepultaron en el territorio de su heredad, en Timnat Sera, en la región montañosa de Efraín, al norte

del monte Gaas. También toda aquella generación fue reunida a sus padres. Y se levantó otra generación después de ellos que no conocía al Señor, ni la obra que Él había hecho por Israel" (Jueces 2:8-10).

Cuando el anciano Loren Stacy compartió este pasaje con nosotros en una reunión del comité ejecutivo, me dejó impactado. Me dejó destrozado. ¿Se dan cuenta de que, a pesar de todo el esfuerzo que dedicamos a la iglesia, es posible que los futuros miembros de nuestra familia no conozcan al Señor? Me deja perplejo cómo puede suceder esto. No puedo imaginar que mis nietos y bisnietos puedan llegar a no conocer a Dios y a Su Hijo Jesús.

Permítanme darles una pista, desde el punto de vista de un misionero, sobre cómo podemos resbalar y caer en ese camino que nos lleva a perder nuestra identidad como cristianos. Cuando hablamos de Misiones de la Conferencia General, hablamos de viudas y huérfanos, de misiones evangelísticas, de la fundación de iglesias y de otros ministerios. En esencia, se trata realmente de una guerra espiritual. Aquellos que están llamados a la misión están llamados a Efesios 6:12:

Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra las fuerzas espirituales de maldad en las regiones celestes.

Afrontando el criticismo

Una forma en la que podemos fallar a este llamamiento es preocuparnos por las críticas al trabajo que se nos ha encomendado.

Nadie es llamado al liderazgo sin ser criticado. Esto no es una excusa para hacer caso omiso de todas las críticas, sino para saber que forman parte del llamamiento. Las críticas no pueden controlar ni dictar cómo actuamos.

Imagina que te llaman para dirigir a cuarenta misioneros a un lugar de misión en el que ya han estado antes y que eres responsable de todos los aspectos de la misión. El líder es susceptible de recibir críticas, al igual que el seguidor, tal y como lo eran los primeros cristianos.

Cuando sucumbimos al miedo a ser criticados, cuando lidera-

serás criticado, igual que lo fue Cristo. Y, al igual que Pablo, debemos confesar con confianza.

"Porque no me avergüenzo del evangelio, pues es el poder de Dios para la salvación de todo el que cree, del judío primeramente y también del griego" (Romanos 1:16).

Todos los misioneros deben soportar todo lo que Cristo soportó. Si no lo hacemos, podemos perder fácilmente nuestro legado, nuestra identidad, nuestra fe y nuestro linaje como seguidores de Cristo. Nuestro objetivo final es ser colaboradores de Cristo,

“Una forma en la que podemos fallar a este llamamiento es preocuparnos por las críticas al trabajo que se nos ha encomendado.”

mos movidos por el temor a lo que dirán los demás, corremos el riesgo de comprometer nuestra verdadera identidad en Cristo. Al final, participamos en ritos que carecen de fundamento en una verdadera relación con Cristo. Ese es el primer paso para perder nuestra religión.

Sin Avergonzarse

Cristo en Su época era objeto de críticas constantes. Este aspecto de Su ministerio indica que Sus seguidores sufrirían lo mismo si siguieran Sus pasos.

Si estás llamado a la misión,

sufriendo de la misma manera que Él, y haciendo discípulos por todo el mundo.

¡Adelante, Misiones de la CG!

AB

Ronald Rousseau

es el director de GC Missions y superintendente del Distrito Central.

Escribe desde Chicago, IL. Las citas

bíblicas son de la *Nueva Biblia de las Américas (NBLA)*.





Enfocándonos en las Personas

por Emily Acker

Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas (Marcos 6:34).

Mientras vivió en la tierra, Jesús sabía lo que le esperaba. Sabía que finalmente sería arrestado, menospreciado, maltratado y crucificado. Conocía el dolor que tendría que soportar al ofrecerse como sacrificio inocente. También sabía quién destruiría Su vida.

Si cualquiera de nosotros supiera que todo eso nos aguardaba en el futuro, ¿no pensaríamos en ello constantemente? ¿No nos sentiríamos desanimados por ello y pensaríamos que tenemos que aprovechar al máximo los días que nos quedan hasta la muerte para poder disfrutar un poco de la vida?

Nuestra atención se centraría en nosotros mismos, en lo que nos espera y en el dolor que habríamos de padecer. Si supiéramos que la muerte se acercaba — y una muerte atroz, además — probablemente ignoraríamos a quienes nos rodean.

Jesús sabía que iba a morir; sin embargo, la vida que llevó en la tierra no giraba en torno a Sí mismo. No se trataba de buscar todo el placer posible antes de que comenzara el sufrimiento, ni de quedarse de brazos cruzados sintiéndose miserable al pensar en Su futuro. Él no se centraba en Sí mismo ni sentía lástima por lo que estaba por ocurrir o por la injusticia de la situación. La vida de Jesús se basaba en estar presente para los demás y atender sus necesidades; se centraba en el prójimo y en una actitud de servicio.

Cuando Jesús se encontraba con multitudes, lo

cual pasaba a menudo porque la gente siempre intentaba estar cerca de Él, sentía compasión de aquellos que estaban sufriendo o acudían a Él en busca de ayuda. Jesús sanaba a los que estaban enfermos.

Jesús sanaba a los enfermos. Él conversaba con la gente y los animaba. Les ayudaba a conocer a Su Padre y les demostraba amor. Nunca rechazó a nadie ni pidió a las multitudes que buscaran a otro a quien seguir. No les dio la espalda para irse a hacer algo divertido. Jesús quería que Su vida en la tierra dejara huella. Sabía que eso sucedería si acogía a las multitudes y les brindaba el amor y la atención que buscaban.

Cuando Jesús caminó entre nosotros, las vidas de las personas cambiaron porque Él estuvo dispuesto a mostrar compasión, aun sabiendo lo que estaba a punto de afrontar. Él tendió la mano incluso a aquellos que estaban a punto de negarlo (pensemos en Pedro en Mateo 26), a quienes dudaban de Él (pensemos en Tomás en Juan 20) y a quienes decidieron no seguirlo. Él mostró bondad incluso hacia aquellos que formaban parte del mundo que estaba a punto de quitarle la vida.

Jesús no permitió que la preocupación por el futuro lo dominara. Más bien, mostró misericordia y amor a lo largo de toda Su vida. ¡Qué Salvador tan amoroso! ¡Qué Dios para adorar! ¡Qué ejemplo a seguir! Espero que seamos más como Él. **AB**

Emily Acker escribe desde Plover, WI. Las citas bíblicas fueron tomadas de la versión Reina Valera 1960.





Su Cruz

Pero el Señor . . . ofreció su vida para obtener el perdón de pecados (Isaías 53:10).

Durante milenios, la cultura occidental ha disfrutado del legado y el trasfondo de una ética judeocristiana que abrazaba firmemente los conceptos del bien, el mal y el pecado. Sobre esta base — con el Creador como legítimo legislador y juez santo — la cruz de Cristo se entendía fácilmente como el refugio al que los pecadores podían acudir y donde los creyentes podían reconciliarse con un Dios santo.

Pero aquello fue entonces; esto es ahora. ¡Estamos en 2026! Nos encontramos en una cultura que desprecia la idea misma del pecado. De hecho, para muchos hoy en día, *el pecado* consiste en pensar que existe el pecado. Y por si fuera poco, muchos que se profesan creyentes pasan por alto, e incluso excusan, su propio pecado con demasiada frecuencia.

Sin duda, el apóstol Pablo enfrentó desafíos similares mientras ejercía su ministerio en la ciudad de Corinto, donde apenas se conocía, si es que se sabía algo, del Dios verdadero o de Su justo juicio contra el pecado y el pecador. En respuesta, Pablo decidió predicar a Cristo y a este crucificado (1 Corintios 2:2). Debemos aprender de esto. Pues solo al predicar a Cristo y a Este crucificado se hacen evidentes tanto la gravedad del pecado como la santidad de Dios, y con ellas, la necesidad de salvación que tiene el ser humano.

Consideremos que Cristo — el Señor de gloria, el Señor venido del cielo, el Hijo de Dios y el Inocente (1 Corintios 2:8; 15:47; Juan 3:16; 1:29)— vino para cargar con la ira de Dios en Su cuerpo sobre una cruz cruel y morir una muerte vergonzosa por un pueblo rebelde e indigno. En efecto, el Justo

sufrió por los injustos (1 Pedro 3:18) para pagar la terrible deuda del pecado.

El testimonio de la cruz es claro: La santidad de Dios exige que se trate el asunto del pecado (Marcos 15:37, 38) y que se satisfagan la ira y el juicio de Dios contra él (1 Juan 2:2). Solo en la cruz de Cristo se encuentra tal remedio (Romanos 6:23; Juan 3:36). Aunque vivimos en una época en la que se menosprecia el pecado y se rechaza su costo, la realidad de la cruz de Cristo habla con claridad a nuestra generación. Y, para alabanza de Su gracia, también revela el increíble don de amor mediante el cual se expía el pecado y los pecadores son reconciliados con un Dios santo.

La iglesia debe recuperar el poder, la necesidad y el costo infinito de la cruz de Cristo. En este momento, la iglesia debe hacer el cálculo teológico: Predicar la cruz de Cristo constituye tanto un llamado a la realidad como un estándar santo con el que se mide, y se halla deficiente, el absurdo moral, práctico y teológico de restar importancia al costo del pecado. Con una revelación y un poder renovados, debemos comprender los tiempos (1 Crónicas 12:32) y predicar la cruz de Cristo: en toda su severidad y en toda su gloria.

El pecado y la salvación no son asuntos anticuados. Y podemos estar seguros de que, a medida que la santidad de Dios y el costo del pecado se revelan a través de la cruz, los pecadores volverán a acudir corriendo para aferrarse a Cristo. Como dijo Jesús: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:32).

¡Así que levanten alto Su cruz, Iglesia! Predíquenla en toda su agonía y en toda su gracia. Que así sea.

— Greg Lincoln





SU EN PRESENCIA

2027 GC CONVENTION

GREENSBORO, NC

Únete a nosotros del 28 de junio al 3 de julio de 2027 para un tiempo transformador de adoración, convivencia y aprendizaje.

Ven preparado para encontrarte con Dios.

En Su presencia
... todo cambia.



*Encuentra actualizaciones
de la convención en
cog7.org/convention.*